

Aguijón

15-M: DEMOCRACIA SECUNDUM PERROFLAUTISMO

Quién le iba a decir al benemérito golpetero, que tras su asalto a la cámara, comenzábamos a «alfanumerizar» las efemérides; 24-F, 11-S, 11-M y ahora esta nueva y resuelta cifra, que yo siempre recordaré como el día de San Isidro Labrador. Cuando esto escribo, acaban de limpiar la plaza principal de mi pueblo, aquella que primeramente fuera bautizada, como «de las cuatro calles» después, y por dos veces, «de la Constitución», previo intercalo del nombre de pila de un señorito pseudogaditano, que por idealista, ejecutó un tribunal popular alicantino y que un hipócrita dictador pretendió transformar en mártir teniéndolo «presente». Tras una numantina acampada de mes y pico, han sido retirados los últimos colchones usados, dos desvencijados «sofales» y una pancarta que tapaba la trasegada fuente de Génova, retal que finalmente bautizaba a la plaza como «de la libertad». Asistí, los primeros días ilusionado, como si esta oportunidad me permitiera vivir un Mayo del 68, que por venir al mundo en el siguiente 69, desconocí. Parecía, en los primeros días del movimiento, que lo de «prohibido prohibir», volvía a recordar a los gobernantes, entonces libertarios vociferantes del 68, que asistimos a una época de infame hambruna, que solo la cultura, y la cultura de vivir desde el 78 en democracia, ha impedido que se tornara en revuelta violenta; efectivamente los pobres son más y nuevos, por dejar de ser *mileuristas* para pertenecer al *quattrocento* de la ayuda familiar. Sin embargo, transcurridos esos primeros días, fueron retirándose los estudiantes, por ser época de exámenes, los parados, por ponerse en la cola del INEM, los jubilados porque a pleno sol no se puede estar, quedando bajo descoloridas lonas, tiendecitas de campaña y descansando sobre el precitado mobiliario, una nueva corriente de pensamiento, el *perroflautismo*, que por novedosa sólo acogió a los pedigüeños del centro que, cerrando filas en torno al nuevo credo, añadieron algunos perrillos callejeros a la fauna urbana malacitana. Por más que me esforcé, ni vi, ni oí, a ninguno de los acampados animar a quienes mirábamos, que acudiéramos a las urnas que esperaban hambrientas los votos en los comicios locales que se celebraban cinco días después del iniciado «movimiento»; acaso el *perroflautismo* prefiera, como lo hacía el precitado señorito ajusticiado, que el destino de las urnas sea el que sean rotas. Solo concluyo que la democracia, no tiene por qué acompañarse de calificativos, pues cuando eso ocurre, ya no es democracia. No cabe duda, la democracia ha evitado al *perroflautismo* otra distinta corriente, la del chorro de agua con el que remojaban los olvidados grises a los que en otros tiempos pedían libertad. Y todo ello, dicho sea en términos de democracia, como demócrata y sin dejar de defender el pan y la justicia.